

ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

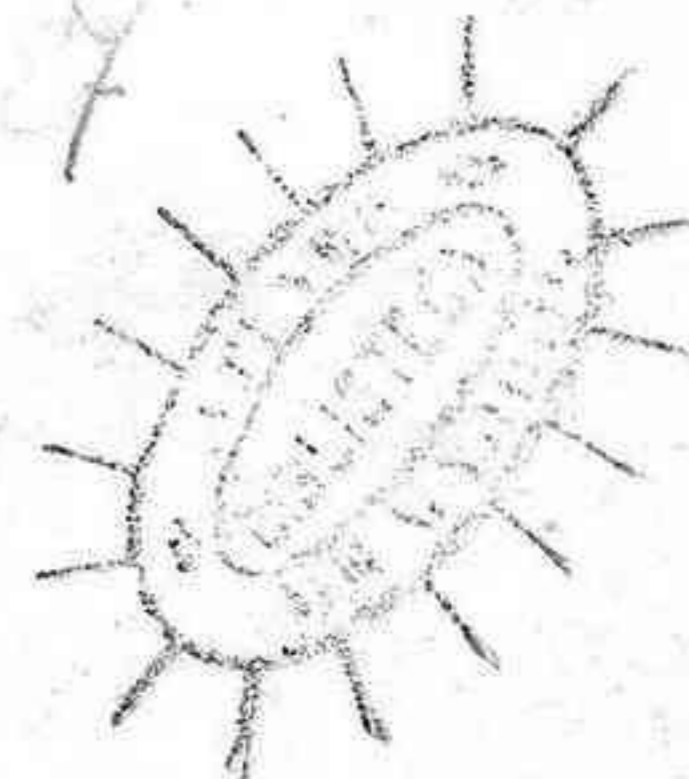
PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNIFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS Á LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS

Hem. - 27

72
594



TOMO VI. - AÑO 1887

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMS. 309 Y 311

1887

INDICE

DE LOS ARTÍCULOS CONTENIDOS EN EL SEXTO TOMO DE LA ILUSTRACION ARTISTICA

Historia de un hombre, contada por su esqueleto, por Manuel Fernández y González, 2.
Episodios cómicos de un viaje a Rusia, por Nicolás Díaz de Benjumea (conclusión), 6.
Orígenes de la pintura, por A. Danvila Jaldero, 7.
El viaje de boda, por Luis Mariano de Larra, 10.
Historia de un hombre contada por su esqueleto (continuación), 10.
Un pintor de Oriente. Basilio Vereschagin y sus obras, por Helen Zimmeru, 14.
Desde Roma. Exposición en el Círculo internacional, por A. Fernández Merino, 18.
Historia de un hombre, contada por su esqueleto (continuación), 19.
Unidades de medida, por José Echegaray, 23.
El alcalde de monterilla, por Cecilio Navarro, 26.
Historia de un hombre, contada por su esqueleto (continuación), 27.
Las lunas de Marte, por E. Benot, 31.
La intimidad, por Eduardo de Palacio, 34.
Historia de un hombre, contada por su esqueleto (continuación), 34.
Via Margutta, 33, por Federico Rahola, 38.
Escaparates, por Eduardo de Palacio, 42.
Historia de un hombre, contada por su esqueleto (continuación), 43.
Química del cielo. Análisis de un cometa, por José Rodríguez Mourel, 46.
El juego. Arreglo de un cuento de Hoffmann, 49.
La pasión y muerte de Jesús. *Grandioso Panorama circular inaugurado en Munich*, 54.
Historia de un hombre, contada por su esqueleto (continuación), 55.
Desde Roma. Ayer y hoy, por A. Fernández Merino, 58.
El juego (conclusión), 59.
Historia de un hombre, contada por su esqueleto (continuación), 63.
Las fábricas de relojerías americanas, por D. Sauer, 64.
El acontecimiento de Milán. Estreno de Otelo, de Verdi, 66.
El maestro José Verdi, 66.
Arrijo Boito. - El libreto de Otelo, 70.
La música de Otelo, 70.
Los intérpretes de Otelo, 70.
El triunfo de Verdi, 72.
Historia de un hombre, contada por su esqueleto (continuación), 74.
París puerto de mar, 80.
Fiestas populares en Inglaterra. *Regatas de Oxford y Cambridge*, por Nicolás Díaz de Benjumea, 82.
Historia de un hombre, contada por su esqueleto (continuación), 86.
Etimologías, por E. Benot, 87.
Fiestas populares en Inglaterra (conclusión), 90.
Historia de un hombre, contada por su esqueleto (continuación), 94.
Experimentos sobre los torbellinos aéreos y las esferas giratorias, 95.
Entre dos abismos, por C. N., 98.
El mundo americano. - El tesoro de los Incas, por la Baronesa de Wilson, 98.
Historia de un hombre, contada por su esqueleto (continuación), 99.
La tentación en el desierto (Capítulo de Isaac Laquedem), por Alejandro Dumas (*padre*), 106.
La ley de gracia, por C. Navarro, 111.
El mundo americano. - La india de Puno, por la Baronesa de Wilson, 114.
Historia de un hombre, contada por su esqueleto (continuación), 115.
Del hablar, por E. Benot, 119.
Lorenzo Alma Tadema, *Su vida y sus obras*, por H. Zimmeru (Traducción de Enrique de Verneuil), 122.

Notas de mi viaje. - En Granada, por José Gestoso y Pérez, 131.
El mundo americano. - El bohío del manglar, por la Baronesa de Wilson, 138.
Historia de un hombre, contada por su esqueleto (continuación), 139.
Los recientes paquebots trasatlánticos, por Félix Hémet, 143.
Raimundo Tusquets, 146.
Historia de un hombre, contada por su esqueleto (continuación), 146.
El chico del drama, por A. Sánchez Pérez, 150.
Procedimiento para quitar las nieves en las grandes ciudades, por G. Richou, 152.
Física sin aparatos, 152.
El brindis de Cleopatra, por Ben-Orvanar, 154.
Historia de un hombre, contada por su esqueleto (continuación), 155.
Electricidad práctica. - Encendedor-apagador sistema Browett, 160.
Noticias varias. - Los microbios auxiliares del hombre, 160.
Física sin aparatos. - Conductibilidad de los metales por el calor, 160.
El mundo americano. - El puñal de Antuco, por la Baronesa de Wilson, 162.
Historia de un hombre, contada por su esqueleto (continuación), 166.
Monima de Mileto. - *Episodio histórico*, por Pablo Hurtado, 170.
Historia de un hombre, contada por su esqueleto (conclusión), 174.
Física sin aparatos. - La bola mágica de Robert Houdin, 176.
Nuestro arte moderno. - Temores y esperanzas, por Pedro de Madrazo, 178.
La primera educación de Cervantes, por Luis Carreras, 179.
Los diamantes de la corona, por Germán Bapst, 183.
Nuestro arte moderno. - Temores y esperanzas (continuación), 186.
La rabona (tipo sud-americano), por Eloy Perillán Buxó, 187.
El Magosto. *Cuento*, por Manuel Amor Meilán, 187.
La primera educación de Cervantes (continuación), 190.
Los nuevos cañones Krupp, por G. C., 192.
Física sin aparatos. Curiosa ilusión de óptica, 192.
Nuestro arte moderno. - Temores y esperanzas (continuación), 194.
La primera educación de Cervantes (continuación), 195.
El Magosto (conclusión), 198.
El mapa del cielo en el observatorio de París, por Gastón Tissandier, 200.
Noticias varias, 200.
Nuestro arte moderno. - Temores y esperanzas (continuación), 202.
La primera educación de Cervantes (conclusión), 203.
Noticias varias. - Bolivia, 207.
Los peces eléctricos, por Mauricio Maindrón, pag. 208.
Nuestro arte moderno. - Temores y esperanzas (continuación), 210.
Pradilla y sus obras más recientes, por Luis de Llanos, 212.
Dos cuentos japoneses, por J. Valera, 214.
El alcalde de Zalamea, por Marcelino Menéndez Pelayo, 218.
La romaiquia, reina de Sevilla, por Eduardo Saavedra, 220.
Aparato cosmográfico (de M. L. Girod), por G. T., 224.
Física sin aparatos, 224.

Noticias varias. - Enfermedades de la visión, 224.
Nuestro arte moderno. - Temores y esperanzas (continuación), 226.
Favores a rédito, por A. Sánchez Pérez, 230.
La hija de la viuda. Leyenda histórica rabinocatalana, por Francisco Fernández y González, 231.
Los sueldos mágicos, 232.
Desde Roma, por A. Fernández Merino, 226.
La hija de la viuda (conclusión), 230.
Noticias varias, 230.
Materia cósmica, por E. Benot, 231.
El mundo americano. - Misterios del corazón. - Episodio de la vida real, por la Baronesa de Wilson, 274.
La tía Javiera, por Antonio de Valbuena, 275.
Pico de oro, por José de Siles, 278.
Física sin aparatos, 280.
Reuniones de confianza, por Mariano de Larra y Ossorio, 282.
Los invisibles, *arreglo de Hoffmann*, por Cecilio Navarro, 283.
Pico de oro (conclusión), 286.
Velocipedistas militares, 288.
Física sin aparatos, 288.
El ángel de Caracas. - Anécdota, por la Baronesa de Wilson, 290.
Los invisibles (continuación), 291.
Física sin aparatos, 296.
Viaje de placer, por Mariano de Larra y Ossorio, 298.
San Marcos, 3, 3.º. - Cuento inverosímil, por Eduardo López Bago, 300.
Los invisibles (conclusión), 302.
El enfriamiento del planeta, por E. Benot, 308.
Gotenburgo y sus alrededores. - *Excursión veraniega en la Suecia Occidental*, por Hans Von Spielberg, 310.
Noticias varias. - La locomotora considerada como higrómetro, 312.
Mi prima Andrea, por Angel R. Chaves, 314.
San Marcos, 3, 3.º (continuación), 315.
Experimento del propulsor de reacción de M. M. J. Buisson y A. Ciureu, 318.
El estornudo, por Antonio Machado y Alvarez, 322.
San Marcos 3, 3.º (conclusión), 323.
¿Hubo dos prosodias en el antiguo castellano? por E. Benot, 326.
Física sin aparatos, 328.
La romería, por Antonio de Valbuena, 330.
El codicilo, por la Baronesa de Wilson, 331.
Los hombres peludos, 335.
Las dos y una noche, I, por Carlos Coello, 338.
Culinaria nacional. - La paella, por Juan J. Relosillas, 342.
Los nerviosos, por Eduardo de Palacio, 343.
La estatua de Felipe Lebrón, por Gastón Tissandier, 343.
Física sin aparatos, 344.
Las dos y una noche, II, 347.
La vida artística en tiempo de los Faraones, por A. Danvila Jaldero, 350.
No más setemesinos!, por Antonio de Valbuena, 350.
Noticias varias. - Colmena gigantesca, 352.
Física sin aparatos, 352.
Las dos y una noche (conclusión), 354.
Genialidades, por Cecilio Navarro, 355.
Viajar por telégrafo, por el Doctor Hispanus, 358.
Noticias varias. Los progresos de la telegrafía eléctrica, 359.
Física sin aparatos, 360.
Una lección de magnetismo. - Cuento científico-femenino, por Luis Mariano de Larra, 362.
El misionero, por la Baronesa de Wilson, 366.

La providencia, por José de Siles, 367.
Física sin aparatos, 368.
El mundo americano. - La ramilletera de Potola, por la Baronesa de Wilson, 370.
La providencia (conclusión), 374.
Crecencias populares. - Los aparecidos, por Luciano García del Real, 375.
Noticias varias, 376.
Física sin aparatos, 376.
La boda, I, por Antonio de Valbuena, 378.
Justicia seca, por Cecilio Navarro, 379.
Lingüística, por E. Benot, 382.
Física sin aparatos, 384.
La boda, II, por Antonio Valbuena, 386.
Oro escondido, por José de Siles, 390.
El primer amigo, por Carlos Luis de Cuenca, 391.
Física sin aparatos, 392.
Curro, el señor Paco y don Francisco. - Cuento madrileño, por Luis Mariano de Larra, 394.
Los coincidentes, por A. Sánchez Pérez, 398.
El sombrero español, por Julio Monreal, 399.
Física sin aparatos, 400.
Cuento de noviembre, por César Borgia, 402.
Pepe y Manolo ó La novia y el drama, por A. Sánchez Pérez, 406.
Regalo de la boda, por José de Siles, 406.
Noticias varias, 408.
Recreaciones científicas, 408.
El mundo americano. - El juramento. - Episodios de la guerra del Perú, por la Baronesa de Wilson, 410.
A todo hay quien gane, por Antonio de Valbuena, 414.
La historia en el lenguaje, por E. Benot, 414.
Física sin aparatos, 416.
Nuestros artistas. - Villegas, por A. Fernández Merino, 418.
El apetito. - Cuento popular, por Antonio de Trueba, 427.
El violín de un maestro de aldea. - Cuento fantástico, 431.
Una conquista, por Luis Mariano de Larra, 434.
El mundo americano. - La diadema de doña Inés. - Anécdota, por la Baronesa de Wilson, 435.
El violín de un maestro de aldea (continuación), 438.
Vía férrea eléctrica, para el servicio de una mesa, 439.
Física sin aparatos, 440.
Don Ramón Pícatoste, por Fernando Araujo, 442.
El violín de un maestro de aldea (continuación), 447.
La torre Eiffel, por G. Tissandier, 448.
Física sin aparatos, 448.
Don Ramón Pícatoste (continuación), 450.
El violín de un maestro de aldea (continuación), 455.
La ciencia práctica, 456.
La casa maldita. Episodio de la vida real, por la Baronesa de Wilson, 458.
El violín de un maestro de aldea (conclusión), 459.
Don Ramón Pícatoste (conclusión), 462.
Física sin aparatos, 464.
La suerte, por Rafael Torromé, 466.
De Madrid a París, por Fernando Araujo, pag. 470.
Armonías para el olfato, por el Dr. Hispanus, 471.
Pasamientos científicos, 472.
De Madrid a París (conclusión) por Fernando Araujo, 474.
Oficinas públicas, por R. de la Vega, 475.
Armonías para el olfato, II, por el Dr. Hispanus, 479.
Vía férrea funicular, por Benot, 479.
Pasatiempos científicos, 480.

INDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL SEXTO TOMO DE LA ILUSTRACION ARTISTICA

En la antecámara, cuadro de J. Kennedy, 1.
La ninfa y el amor, cuadro de León Perrault, 3.
Entre la vida y la muerte, cuadro de Carlos Hoff (presentado en la última Exposición de Berlín), 3.
El predilecto de la abuela, cuadro de Jorge Jakovides, 4.
Un sitio vacío, cuadro de Toby E. Rosenthal, 5.
Estudio a la pluma, de A. F. W., 6.
La abuela, cuadro de Hugo Salmson (presentado en la última Exposición de Berlín), 6.
Correo de amor, cuadro de F. Unger, 7.
Palomas varias, cuadro de Echter, 8.
Al aire libre, cuadro de Eचना, grabado por Sadurní, 9.
Estudio de Hugo Kauffmann, 11.
La canción tesala, cuadro de Agustín Salinas, 11.

Coronación del cadáver de Santa Isabel, cuadro de Hermann Kaulbach, 12.
Retrato, por Enrique Augusto Janet, 13.
Ataque inesperado, cuadro de Basilio Vereschagin, 14.
Defensa de la ciudadela, cuadro de Basilio Vereschagin, 16.
Acción de gracias, cuadro de Basilio Vereschagin, 16.
Olvidado, cuadro de Basilio Vereschagin, 15.
Contemplando los trofeos, cuadro de Basilio Vereschagin, 16.
Apoteosis de la guerra, cuadro de Basilio Vereschagin, 16.
Cabeza de estudio, dibujada por Pablo Thumann, 17.
La pesca de las truchas en Suecia, cuadro de J. Ekenas, 20.

La serenata, cuadro de Francisco Masrera, 21.
Alméc, cuadro de N. Siehel, 23.
El despertar del león, estudio de Pablo Meyerheim, 24.
Paisaje de otoño, cuadro de Juan Hermann, 24.
Astarté, cuadro de Gabriel Max, 25.
La oración de la tarde, cuadro de F. Ronband, 27.
Abandonada!..., cuadro de Carlos Rickelt, 28.
La Navidad en el Cairo, dibujo de J. Seymour, 29.
París pintoresco. - 1. *Notre Dame*, desde el puente Saint-Germain. - 2. *Hotel Cluny*, fachada interior. 3. *Hotel Cluny*, vista exterior, 30.
Deseo vehemente, cuadro de F. Vinea, 31.
Genio sepulcral, estatua de Hans Peter, 31.
Grata mañana, cuadro de Antón Braith, 32.

La procesión del Corpus, cuadro de Francisco P. Michetti, 32.
Entre dos fuegos, cuadro de Luis Jiménez, 33.
Labrador de Schwalm (apuntes de K. Raupp), 34.
Muchacha de Hesse, apunte de K. Raupp, 34.
Un hombre y un hermano, dibujo de C. Woodville, 36.
París. - Orillas del Sena, dibujo de J. M. Marqués, 37.
La felicitación del cumpleaños, cuadro de Alberto Raudnitz, 38.
Monumentos de la Atenas moderna, 39.
Italiana (estudio de Francisco de Lenbach), 40.
Estatua de Cristóbal Colón, modelada y fundada por Fernando de Miller, 41.
Fernando de Miller, autor de la estatua de Colón, 42.
Segura de sí misma, cuadro de Weingartner, 43.

- Aves de amor. - Flores y espinas, cuadro de H. Lengo, 364.
 Doña Inés de Castro, cuadro de Martínez Cubells, 365.
 Don Miguel Juárez Celman, Presidente actual de la República Argentina, 366.
 Escuela graduada de niñas. - Buenos Aires. - Edificio levantado en la calle Talcahuano por cuenta del Consejo Nacional de Educación, 366.
 Escuela graduada de niñas. - Buenos Aires. - Edificio levantado en la calle Tacuarí, por cuenta del Consejo Nacional de Educación, 367.
 Escuela graduada de varones. - Buenos Aires. - Edificio levantado en la calle Rodríguez Peña, por cuenta del Consejo Nacional de Educación, 368.
 Física sin aparatos, 2 grabados, 368.
 El amor y la inocencia, cuadro de J. Aubert, 369.
 En la laguna, cuadro de Luis Steffani, 371.
 Profundo estudio, cuadro de S. Buehbinder, 372.
 Corpus-Christi, cuadro de Arcadio Mas, 372.
 San Francisco de Paula, cuadro de J. M. Marqués, dibujo del mismo, 373.
 La recolección de los guisantes, cuadro de C. J. Beauverie, 374.
 Como el pez en el agua, cuadro de L. Kaus, 375.
 Una boda en el Tesino, cuadro de E. Prati, 376.
 Física sin aparatos, 1 grabado, 376.
 El arroyo, cuadro de J. Morera, 377.
 Una patrulla, cuadro de Hugo Mublig, 379.
 Rosas transparentes, cuadro de F. Vineca, 380.
 El comedor de un mesón, cuadro de Francisco Vineca, 381.
 A rimbazello, estatua de Urbano Nono, 383.
 Busto de W. Goethe, 384.
 Física sin aparatos, 2 grabados, 384.
 La confidencia, cuadro de M. Ebersberger, 385.
 Muerte de Lucano, cuadro de José Garnelo, 387.
 La favorita, cuadro de Conrado Kiesel, 388.
 ¡A los toros! cuadro de Ramón Casas, grabado por Pérez, 389.
 Pobrecita, composición de Jacquet, dibujo de Lalauze, 390.
 Rosas, cuadro de H. Lengo, 391.
 La caza de la liebre, cuadro de C. Sellmer, 392.
 Física sin aparatos, 2 grabados, 393.
 El interrogatorio, cuadro de Guillermo Díez, 394.
 Un rincón de Lucerna, dibujo de J. M. Marqués, 395.
 La menagería, cuadro de Pablo Meyerheim, 396.
 La barricada, dibujo de A. Fabrés, 397.
- Venta de calabazas en Venecia, cuadro de Luis Passini, 398.
 Proyecto de restauración de la Venus de Milo, por el profesor M. A. Zur-Strassen, 399.
 Competencia de la hermosa. - Tres bellezas húngaras, 400.
 Física sin aparatos, 3 grabados, 400.
 Un anticipo a buena cuenta, cuadro de G. Pieri Nerli, 401.
 ¡Dichosa edad!... dibujo de A. Casanova, 403.
 La Virgen y el Niño Jesús, cuadro de Nicolás Barabino, 404.
 Contraste, cuadro de Duorak, 405.
 El taller abandonado, cuadro de L. Bechis, 407.
 Los últimos momentos de Fernando el Santo, cuadro de Matossi, 407.
 Inauguración de las obras para el edificio de estación central del ferro-carril de Manila a Dagupán, según fotografía del Sr. Pertierra, remitida por D. Manuel Arias Rodríguez, 408.
 Manera de grabar en un cascarón de huevo, 408.
 Perros normandos, cuadro de C. O. de Penne, 409.
 La consigna, cuadro de Julio Ehrentraut, 411.
 Conducidos por el amor, cuadro de J. Spiridon, 411.
 ¡Qué miedo! cuadro de León Olivé, 412.
 El gorila, grupo escultórico de Fremiet, 413.
 A la sombra, cuadro de Luis Rossi, 415.
 El octavo no mentir, cuadro de Noé Bordignon, 416.
 Física sin aparatos, un grabado, 416.
 José Villegas, reproducción de un dibujo del malogrado Mariano Fortuny, 417.
 Retrato, copia de una pintura al óleo, 418.
 Croquis para la acuarela «La condena de Marino Faliero», 418.
 Entrevista de D. Juan de Austria con Felipe II, según fotografía directa del cuadro, 419.
 Vendedor de platos, pintura al óleo, 419.
 El Dux en el Consejo de los Diez, 420.
 Se ha fugado, escena veneciana, copia de una pintura al óleo, 421.
 ¡Los pavos! al sol de Sevilla, cuadro al óleo, 422.
 Un larghetto. - Venecia (acuarela), 422.
 El anticuario, cuadro al óleo, 423.
 Plática amorosa (acuarela), 423.
 La muerte del diestro, copia directa de este afamado cuadro, antes de su terminación, 424.
 Domingo de Ramos en Venecia, según fotografía directa del cuadro, 425.
 Caridad, donativo para la rifa de los inundados de Murcia, 426.
- Reproducción de un estudio al lápiz, 427.
 Alabardero, pintura al óleo, 428.
 Traje veneciano, estudio para el cuadro «La Coronación de Carnagnola», 428.
 La traición de Carnagnola, copia de una acuarela, 429.
 Croquis para la acuarela «La dimisión del Dux Foscari», 430.
 Detalles para la acuarela «La condena de Marino Faliero», 430.
 Estudio para el cuadro «Domingo de Ramos» 430.
 Estudio para el cuadro «Domingo de Ramos» 431.
 Estudio, 431.
 Estudio para el cuadro «La fiesta de las esposas», 431.
 A la puerta del harem (acuarela), 432.
 Promesas... cuadro de Francisco Vineca, reproducción fotográfica del original, 433.
 A raíz del duelo, cuadro de N. Sicard, reproducción directa, 435.
 Bebé, cuadro de M. Lobrichon, 436.
 Junto a la fuente, reproducción fotográfica de un cuadro de Egisto Ferroni, 437.
 Escribiendo a su novio, cuadro de Ballavoine, 438.
 Vía férrea eléctrica para el servicio de una mesa, 2 grabados, 439.
 Teatro municipal de Odessa, copia de un dibujo de su arquitecto, 440.
 Física sin aparatos, un grabado, 440.
 Niñeras de amores, cuadro de J. Aubert, 441.
 El bufón dormido, cuadro de Hernán Kaulbach, 443.
 Viajeros en el siglo XVII, cuadro de W. Rauber, 444.
 La playa de Treport durante el reflujo, 445.
 Pescadoras en la playa, cuadro de B. Guilianno, 446.
 Aldea en las lagunas, cuadro de Dill, 447.
 La torre Eiffel, 448.
 Física sin aparatos, un grabado, 448.
 Reloj de sobremesa, composición y escultura de J. Atché, 449.
 Carmen, cuadro de C. Rautzer, 451.
 Camino de la escuela, cuadro de E. Minet, 452.
 Las hijas de María, cuadro de Enrique Serra, 453.
 Costumbres en Norte-América, dibujo de J. Coultell, 454.
 Costumbres en Norte-América, dibujo de J. Coultell, 454.
 Costumbres en Norte-América, dibujo de J. Coultell, 455.
- Costumbres en Norte-América, dibujo de J. Coultell, 455.
 Fotografía de la ciudad de Rennes, tomada a una altura de 800 metros por el aeronauta P. Jovis, 456.
 Manera de cortar a mano impunemente un cordón, 456.
 Otoño, dibujo de St. Rejchan, 457.
 Roca del Papa, cuadro de Oswaldo Achembach, 459.
 La cuna del grumete, cuadro de A. Guillou, grabado por Baude, 460.
 Fernando el Santo, cuadro de A. Casanova, 461.
 Jinetes tunecinos, cuadro de Ch. Speyer, 462.
 Las hijas del mar, cuadro de A. Delobbe, 463.
 Puerta principal del castillo de Montjuich (Barcelona), dibujo de F. de V. Ros, 463.
 Caballete-mueble de salón, composición de don Francisco del Villar (hijo), 464.
 Física sin aparatos, un grabado, 464.
 Un Senador veneciano, cuadro de A. Barbudo, grabado por M. Weber, 465.
 Estudio, por Fernando Keller, 466.
 El entierro del Labrador, cuadro Erik Werenfjöld, 467.
 El nido de la miseria, cuadro de F. Pelez, 467.
 Un mal paso, cuadro de A. Ehtler, 468.
 Mendigo árabe, cuadro de Hans Makart, 469.
 Le bonhomme Noel, fragmento de un cuadro de Simón Durán, 470.
 Jarro para agua del siglo VIII. Joya montada en oro en tiempo de Luis XV, 471.
 Dos jarrones de la fábrica nacional de Sevres, 471.
 Napoleón III y el príncipe de Bismarck, fragmento del diorama pintado por Werner, 472.
 Pasatiempos científicos. Modo de cortar un melocotón, 472.
 Un fauno, estatua de Augusto Sommer, 473.
 ¡Agua vá...! cuadro de H. Brispot, 475.
 La separación, cuadro de Gabriel Max, 476.
 Flores silvestres, dibujo de A. Fabrés, 477.
 Estudio, de Adolfo Menzel, 478.
 Estudio, de I. Falat, 478.
 ¡Demasiado tarde! cuadro de Bartolomé Giuliano, 479.
 Camino de hierro funicular de Hong-Kong en China, 480.
 Vista general de Hong-Kong, con las dos estaciones extremas del nuevo ferrocarril funicular, 480.
 El estampido del trueno imitado por el bramante, 480.

SUPLEMENTOS ARTÍSTICOS Y PÁGINAS QUE CONTIENEN SU DESCRIPCIÓN

- La bacanal, bajo relieve de Mariano Benlliure, 9.
- Panorama de la Exposición Universal que ha de celebrarse en París en 1889, 26.
- La recepción de la favorita, cuadro de Francisco Beda, 42.
- Vistas de Brunswick y sus alrededores, 58.
- El hijo del acróbata, cuadro de S. Durand, 74.
- Subasta de pescado, cuadro de F. Skarbina, 90.
- Jesucristo y la adúltera, cuadro de Wolf, 106.
- Cena en un baile de gala, cuadro de Adolfo Menzel, 146.
- En la iglesia del pueblo, cuadro de Smith, 162.
- Los sitios amenazados de derribo en Roma, 178.
- Retrato de una dama anciana, cuadro de Rembrandt, 194.
- El panegirico del Santo, cuadro de Benlliure, grabado por Weber, 226.
- Mahoma. - La plegaria antes de la batalla, cuadro de Domingo Morelli, 282.
- La novia en el estudio, dibujo de A. Fabrés, pág. 322.
- Casa-cuna de una aldea, cuadro de Haag, 338.
- La misa mayor, cuadro de J. Benlliure, 354.
- La Magdalena, cuadro de Domingo Morelli, 370.
- Interior de una casa escocesa. - Música de los Highlanders, cuadro de Landseer, 386.
- Golondrinas romanas, dibujo de A. Fabrés, pág. 402.
- Los imitadores de Fortuny, dibujo de J. Llovera, 442.
- Declaración de amor, cuadro de A. Zick, 458.
- Estatuas para el monumento en honor de la emperatriz María Teresa de Austria (taller de escultura del profesor Zambusch, en Viena), 475.



ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI

← BARCELONA 3 DE ENERO DE 1887 →

NUM. 262

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN LA ANTECÁMARA, cuadro de J. Kemendy

III

Uno de mis amigos, el que me había acompañado en el teatro Real, el que había convenido con el enviado de mi contrario las condiciones del duelo, era médico.

Mi herida no ofrecía el menor cuidado, pero me había ensangrentado profusamente la camisa.

Yo no quería ir á mi casa, por evitar una primera impresión desagradable á mi buena madre.

Nos dirigimos, pues, á casa del médico, mi amigo.

- Te curaré la herida, se lavará la camisa, se planchará, y mañana puedes ir á tu casa, sin que tu madre se aperceba de nada, - me dijo mi amigo.

- Sí, pero pasar la noche fuera de casa sin avisarla...

- Escríbela que vas al baile: es tercer día de carnaval. Escribí

Después me dijo mi amigo:

- Voy á curarte, y en seguida que te deje en la cama, me voy al teatro Real: tengo una cita.

- En buen hora: si ves á Enriqueta, dila la causa por qué no puedo ir.

- De seguro, cuando la sepa, acaba de entregarte el corazón. Tienes suerte: hermosa, rica, huérfana, libre como el aire... me he informado por una casualidad... ya te diré: vamos, quítate la camisa, siéntate en esta butaca, estate quieto y no me grites. Me repugnan los heridos cobardes.

- ¡Ah! ¿qué es eso? - dije reparando al sentarme en el sillón en un armario dentro del que había un esqueleto.

- ¡Bah! una magnífica pieza de anatomía. Un esqueleto que me ha costado bien caro, pero me hacía falta: en el estudio de un literato luce muy bien una armadura del siglo XIII ó XIV, una armadura antigua, el esqueleto de una civilización muerta: en el gabinete de un médico es indispensable...

- Sí, sí, pero ese esqueleto tiene no sé qué de singular... parece que se tiene de pie, que vive, que nos mira...

- ¡Ah! está muy bien colocado... como que le he armado yo. Estate quieto. Pedro, agua fría. Te dolerá un poco, pero esto no es nada: solamente la epidermis, el músculo está intacto: un arañazo. El otro ha salido peor: con esos puños de que Dios te ha provisto, hijo, no tendrá nada de extraño que le hayas dado pasaporte: no me gustó nada de la manera como cayó. Razón más para que estés quieto en casa hasta que yo salga mañana á tomar lenguas.

Yo no le contesté.

Estaba dominado por aquel no sé qué fantástico que tenía para mí aquel esqueleto, blanco como el marfil, destacándose sobre el fondo oscuro del armario, tras del claro cristal de Venecia que le encerraba.

Mi amigo continuó curándome.

Cuando me hubo vendado, tomó mi camisa, la lió y se la dió al asturianillo que le servía.

- Lleva esta camisa á la Margarita, - le dijo, - que, valga lo que valga, la lave y la traiga planchada para mañana á las ocho: tú á la cama.

Y me llevó á su alcoba, que estaba en su mismo gabinete.



LA NINFA Y EL AMOR, cuadro de León Perrault

- Me duele, - le dije, - me duele demasiado.
- ¡Ah! ¡te duele! pues bien: voy á quitarte ese dolor, y á hacer que duermas como una piedra.

Y fué á su botiquín, le abrió, compuso una bebida en cinco minutos, y me la dió en un pequeño vaso de plata.

Después se vistió lentamente de caballero de la corte de Francisco I, tomó su careta, se envolvió en su capa, se despidió de mí y salió.

IV

Pasó algún tiempo y no logré dormirme.

Es cierto que el dolor de la herida había cesado, y que dilataba, acariciaba mis miembros, una dulce languidez. Me encontraba perfectamente.

Pero una extraña fascinación me dominaba.

Por la entreabierta vidriera de la alcoba, veía, allá en un ángulo del gabinete, el blanco esqueleto dentro de su armario.

Yo no podía apartar los ojos de él.

Persistía en el extraño pensamiento de que la actitud

de aquel esqueleto era la de un ser viviente que tiene la conciencia de sí mismo.

Y el esqueleto me miraba, ó me parecía que me miraba: es decir, que tenía apuntados á mí, á falta de ojos, los dos agujeros de las profundas cuencas de su cráneo.

Yo no sé si digo algún disparate; yo no soy médico, y no tengo obligación de saber anatomía.

Basta con que me entienda el que me lea, si alguna vez me decido á publicar este manuscrito.

Y así continuamos mirándonos el esqueleto y yo; tan inmóvil yo como él.

Dieron las doce en un reloj en el gabinete.

¡Las doce!

¡La hora de las apariciones!

No sé por qué me causó una extraña sensación el sonido grave, opaco, vibrante, del alambre del reloj.

Cuando expiró la prolongada vibración del último golpe, se unió á él otro sonido extraño: un sonido semejante al que produce la rama seca de un árbol al romperla el viento.

Aquel sonido, no podía dudar, partía del armario del esqueleto, como producido por un cuerpo que golpea de una manera acompasada é insistente en un cristal.

Me incorporé en el lecho y miré, dudando de si estaba despierto ó dormido.

Vi que el esqueleto golpeaba, en efecto, el cristal, con el manajo de huesos de sus manos.

Yo permanecía inmóvil, mirando, oyendo aquello, fascinado, pero sin terror.

El esqueleto levantó sus dos manos y se puso á redoblar en el cristal con la punta de sus dedos.

Y aquel ruido se parecía al del rebotar de los granizos en las vidrieras, oído desde el interior de una habitación cerrada.

Entonces adelanté más el cuerpo y eché una pierna fuera de la cama, mirando siempre al esqueleto.

Y parecióme que sus mandíbulas se abrían.

Y luego oí que pronunciaba mi nombre.

¿Cómo le pronunciaba? ¿Con qué órganos?

No lo sé.

Pero el esqueleto decía, con un acento dulce y supli cante como el de una persona necesitada:

- ¡Eugenio!

- Esto es ya demasiado, - dije: - yo debo estar soñando: un esqueleto que se mueve, que habla, que mira, es una singularidad demasiado singular para que pueda creerse en ella.

Pero yo no dormía, no: estaba despierto.

Perfectamente despierto.

Y os lo digo, porque es muy vulgar la frase con que concluyen los cuentos fantásticos:

«Cuando el espectro me estrechaba entre sus descarnados brazos, me besaba frenético, y me hacía aspirar el aliento fétido de su boca; cuando... etc... etc... dí un grito horrible, hice un terrible esfuerzo y... desperté. Aquello había sido un sueño, una pesadilla, un horror, un... etc.»

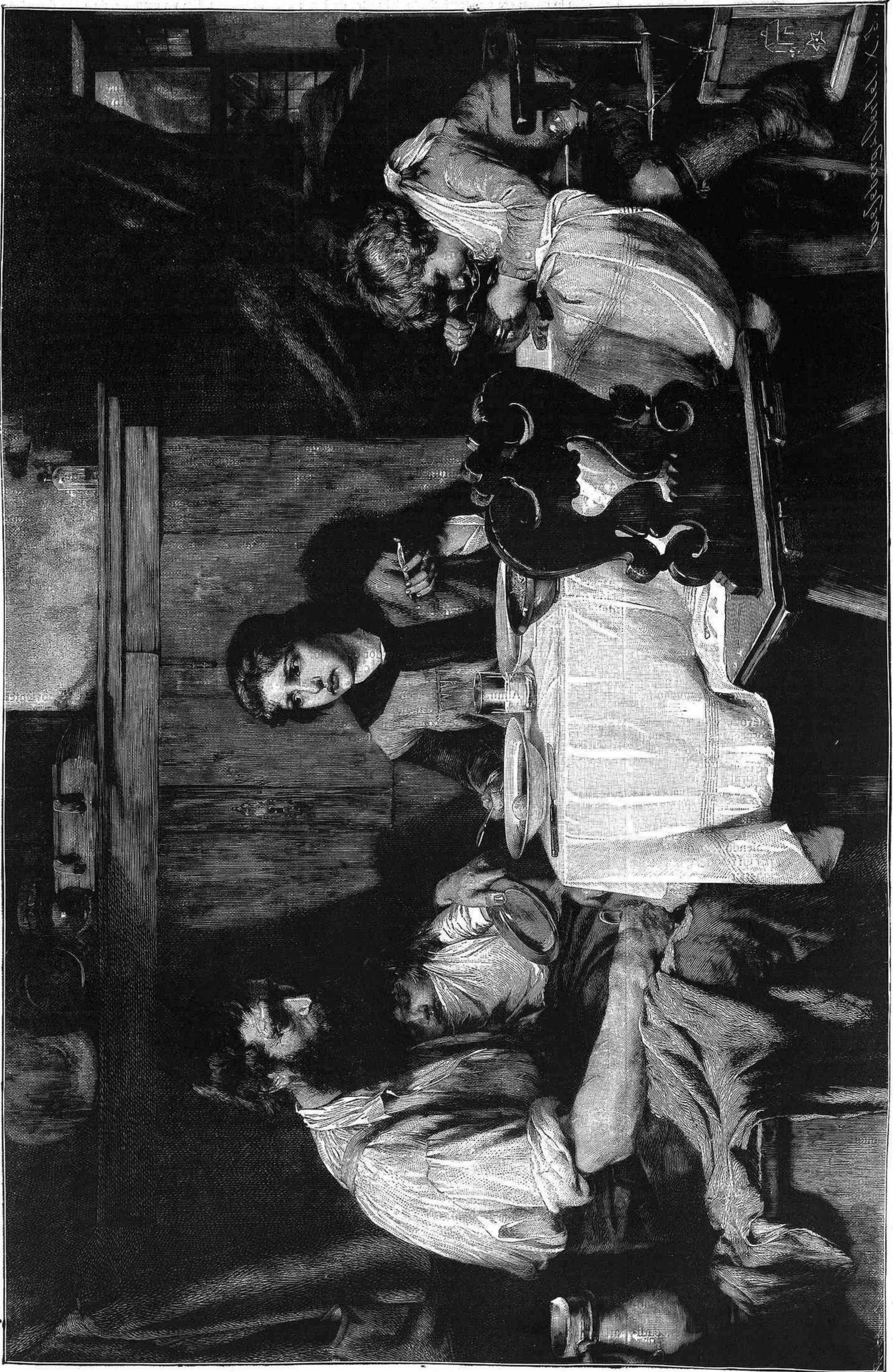
No, no, señores; no crean ustedes que les cuento un



ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE, cuadro de Carlos Hoff (presentado en la última exposición de Berlin)



EL PREDILECTO DE LA ABUELA, cuadro de Jorge Jakobides



UN SITIO VACÍO cuadro de Toby E. Rosenthal



ESTUDIO Á LA PLUMA, de A. F. W.

sueño... yo no me tomaría tal trabajo. ¿A dónde iríamos á parar si uno escribiese todo lo que sueña?

Cuento una historia, y pretendo que se me crea, ó que se me pruebe que me he vuelto loco.

Locura, fascinación pudo ser; pero sueño no.

Y luego, yo me encuentro, después de aquel extraño suceso, en el completo y normal uso de mis facultades: yo no estoy loco, sino cuando me mira Enriqueta enamorada, con sus lucientes y grandes ojos negros.

V

—¡Eugenio! — repitió el esqueleto: — levántate: ve á la mesa de Juan; abre el primer cajón de la derecha; toma una llave que encontrarás, y abre este maldito cristal que me aprisiona; pero abrígate con algo, que hace mucho frío.

La manera con que el esqueleto pronunció estas palabras, su acento afectuoso y benévolo, y su entonación hueca, retumbante, me hicieron sospechar si sería aquello una broma de carnaval que me daba mi amigo para probar mi valor. Este pensamiento era absurdo, bien lo sabía; el estado en que me encontraba, aunque nada tuviese de grave, hubiera retraído indudablemente á Juan. Pero por lo mismo que mi herida no ofrecía cuidado alguno, y atendido á que Juan era, como suele decirse, la *piel del diablo*, el absurdo parecía modificarse y pasar á la categoría de una excentricidad. Suponiendo esto, que las manos del esqueleto se moviesen por un resorte, que aquella voz proviniese de otra habitación por un conducto, no quise pasar por cobarde, y me levanté, fui á la mesa, abrí el cajón indicado por el esqueleto, encontré una llave, y sostenido por mi vanidad, adelanté hacia el armario, llegué á él, metí la llave en el marco de ébano de su puerta de cristal, dí vuelta, y abrí.

Entonces el esqueleto se movió todo, hizo un esfuerzo, puso los pies en el marco, y se asió con las manos á los costados del armario, pero no pudo salir.

— ¡Ah! ¡ah! — exclamó con acento triste: — me había olvidado de que estoy sujeto brutalmente por un tornillo al perno de hierro que me sostiene: hazme el favor, Eugenio, de revolver un poco en ese mismo cajón, y encontrarás un desarmador: suéltame de este tornillo, y Dios te lo pagará.

No pude ya dudar de que el esqueleto se movía por sí mismo, de que hablaba, de que sentía.

Era preciso creer en aquel milagro.

Yo no sé por qué no tenía miedo, ni por qué me interesaba por aquel hombre sin carne.

Fuí, revolví, encontré el desarmador, y saqué el tornillo.

— Dios te lo pague, — me dijo el esqueleto saltando fuera del armario, y estirando sucesivamente su espinazo, sus brazos y sus piernas: — ¡válgame Dios, y qué frío hace en este endiablado gabinete! y luego ¡estoy tan desnudito, tan desnudito!... permíteme un momento, Eugenio: voy á encender la chimenea... después de encenderla hablaremos: pero arrópatate, arrópatate, hombre; vas á coger una pulmonía; me está dando en las narices sutil, sutil, un airecillo que se cuele por una rendija del primer tablero de la hoja de la izquierda del balcón. Para desalojar á ese endiablado viento de Guadarrama de una habitación, no hay cosa como una chimenea bien encendida. Ya verás.

Y el esqueleto tomó algunos pedazos de leña que estaban junto á la chimenea, los apiló, metió astillas de pino, y luego se fué á la mesa, tomó una carta cerrada, la abrió,

la acanató y la encendió por un extremo, viniendo con ella á poner fuego á la leña de la chimenea.

— ¿Qué has hecho? — le dije. — ¡tal vez una carta importante!

— No lo creas: era un atrevimiento del sastre de Juan: Pedro el asturiano, dejó esa carta sobre la mesa, y se ha olvidado de llamar sobre ella la atención de su amo. Así evito á Juan un disgusto, que, por ligero que sea, siempre es un disgusto. Cuando yo he recibido una de estas cartas, jamás he incurrido en la falta de dignidad de contestarla, y para no conservarla siquiera, la he destinado á cualquier uso doméstico... sin leerla, ya se sabe lo que esas cartas dicen: se las lee por el sobre y... basta.

Y el esqueleto, puesto en cuclillas delante de la chimenea, soplabá con el fuelle.

— Pero ¿querrás explicarme...? — le dije.

(Continuará)

EPISODIOS CÓMICOS DE UN VIAJE Á RUSIA

(Conclusión)

El gran reformador de Rusia acertó en abrirla á las corrientes civilizadoras, para conseguir en uno lo que de otro modo fuera obra de quince ó veinte siglos. Pero los hechos tienen una lógica irresistible. Quien quiere el antecedente ha de aceptar el consiguiente. Al hacer esto dió el golpe mortal al czarismo, y con él á todo el régimen autocrático. No se puede vivir á la europea y pensar á lo tártaro. Si el comercio es internacional, luego lo serán la ciencia, las ideas, la educación, la política y el gobierno. Un ciego se resigna á no ver, pero la vista sana no se resigna á un poco de luz. Quiere la claridad completa. Los rusos se enamoraron del progreso y cultura de la Francia, dejaron á un lado el traje nacional, el idioma nacional, las costumbres y la educación nacional. ¿Quién les detendrá en esta vía? Mañana considerarán un atraso su política y un error el imperio y una preocupación sus creencias religiosas. El tiempo lo dirá.

Mr. de Clairville aceptó y rechazó algunas de estas ideas con un eclecticismo envidiable, concluyendo con que la nación rusa hacía perfectamente en tomar de la civilización francesa la finura y cortesanía y en desechar la incredulidad, impiedad, inmoralidad é ideas disolventes que la desdoran.

Pero lo que más le encantaba era la afición al militarismo, sin duda por ser su suegro proveedor de uniformes, placas y condecoraciones. — Mañana, — continuó, — ha de verificarse una gran parada de la guardia imperial en la Plaza del Almirantazgo, y aconsejo á V. que no pierda este espectáculo, único en el mundo. Yo le prometí asistir, si él tenía la bondad de acompañarme, y dándome su palabra y después de hablar de otros varios asuntos, él partió para visitar á su novia y yo me retiré á cuidar de mi nariz y orejas, cada vez más delicadas y doloridas.

XII

Muy de mañana, al día siguiente, atronaban las inmediaciones de nuestra residencia, las cajas, cornetas y músicas militares. Era un gran día de cielo despejado é intenso frío. Doquier discurrían al galope de los gallardos corceles multitud de ordenanzas y oficiales de Estado mayor, y las gentes iban incesantemente poblando la gran Plaza, con ánimo y provisiones para pasar en ella el día si necesario fuese.

Mi amigo se presentó á la una de la tarde, y me condujo á pie hacia el palacio de Invierno, bajo cuyas galerías tomamos una excelente posición en uno de los arcos con antepecho á dos ó tres pies de elevación sobre el nivel de aquel nuevo campo de Marte.

— Mucho me alegro de que gocemos de tan buen punto de vista, porque tendré ocasión de ver de cerca al emperador y V. de conocer á nuestro embajador, que está especialmente convidado, como mariscal de campo.

En efecto, poco tiempo había trascurrido cuando un movimiento general en las tropas que estaban tendidas delante del Palacio, nos anunció la venida del Czar. Venía éste al frente acompañado del Duque de Osuna, ambos sobre magníficos caballos árabes, y seguidos de una brillante escolta.

El emperador se colocó delante de la arcada que ocupábamos, y que nos permitía divisar en línea recta la gran columna de Alejandro I y el elegante semicírculo que ocupa el Estado mayor, y á su izquierda se situó el Duque de Osuna. Vestía el emperador un gran capotón gris, y ceñía su cabeza un luciente casco, traje favorito suyo. Nuestro representante llevaba uniforme de general español, sin protección alguna contra el frío. La escolta tomó posición á izquierda y derecha de ambos, y comenzó el desfile general de los cuerpos.

Sin duda alguna había en la plaza sesenta mil hombres de tropa escogida, de todas armas. Los soldados, en inmensas dobles filas, daban la vuelta á la plaza, sirviéndoles de punto de apoyo la columna de Alejandro, y al pasar por delante del Czar, todos volvían el rostro hacia él y lanzaban un entusiasta ¡hurra! La perspectiva era grandiosa, á no dudarlo, aunque algún tanto monótona por el color uniforme de los capotes y las tiras de paño negro que cubrían cuerpo y orejas de los soldados. El Czar dirigía la palabra á menudo al Duque de Osuna, quien contestaba acompañando sus palabras con un gallardo saludo á lo militar. Hemos de convenir en que si Alejandro ofrecía la estampa de verdadero jefe de un imperio, el descendiente de los Vellez Girones presentaba la de un cumplido caballero.

Sin embargo, con toda la fama que de militar tiene la Rusia, aquel desfile no me impresionaba al modo que el de nuestras tropas españolas. Dos causas había para ello. La primera es, que el frío hace agrupar á los soldados rusos convirtiéndoles en verdaderas masas movientes. La segunda es, que la servidumbre les hace pesados y sin garbo en sus movimientos. Tan cierto es esto, que cuando tocaba el turno á algún batallón de cadetes nobles, se le distinguía desde muy lejos por la soltura y marcialidad de su paso. En cambio, hay que confesar que llama la



LA ABUELA, cuadro de Hugo Salmson (Presentado en la última exposición de Berlín)

atención la regularidad de las estaturas, y la uniformidad de colores de los caballos en cada regimiento.

Uno de éstos es una especialidad de que no hay ejemplo en Rusia. Se llama el regimiento Pauloski, el cual se distingue á distancia por la extraña hechura de sus morri-

nes, que son por el frente como altas mitras encarnadas, con una chapa dorada en el centro.

— ¿Quiénes son aquellos que allí vienen? — pregunté á Mr. de Clairville, — ¿son por ventura obispos?

— Este, — dijo mi amigo, — es el cuerpo más singular de

tropas que en el mundo existe. Observe usted bien cuando pasen las fisonomías de los soldados y jefes, y verá que todos son chatos, y la poca nariz que tienen está respingada.

— ¡Aun ahí sería el diablo! — respondí yo, tomándolo a broma.

— Llámase de Pauloski, en conmemoración del Czar Pablo, y escogen entre los reclutas á los que poseen una nariz de esa forma, pues, según parece, así la tuvo este infortunado emperador.

Brincaba yo de curiosidad por ver espectáculo tan original y nuevo, aunque todavía tenía mis dudas; pero éstas se desvanecieron al dar los batallones la vuelta á la columna y presentar sus rostros. No se me borrará nunca de la memoria el aspecto del coronel del regimiento. Como jefe era una especialidad fisonómica. La punta de la nariz, sin exageración, le subía hasta las cejas, y para mayor abundamiento, llevaba unas patillas aplastadas en su nacimiento, y disminuyendo en dirección paralela á las mejillas, hasta acabar en unas inmensas guías sostenidas á fuerza de cosmético, que le daban el aspecto más risible que pudiera imaginarse, aunque evidentemente, á juzgar por el desenfadado é importancia que él se daba, debía creerse una notabilidad del imperio en punto á hermosura.

Yo pasé de sorpresa en sorpresa sus diez minutos bien contados, pues aun viéndolas por mis ojos, dudaba de la posibilidad de ver tantas narices respingadas juntas.

— No debe V. admirarse de esto, — dijo Mr. de Clairville, — cuando sepa que hay otros regimientos de soldados picados de viruela, y que para la policía escogen hombres del mismo tipo de facciones, color y estatura.

— ¡Qué! — exclamé casi fuera de mí, interrumpiéndole.

— ¿Quiere V. repetir esas últimas palabras?

— Digo que los individuos de la policía son tan parecidos en cuerpo y facciones, que apenas los puede usted distinguir.

— ¡Ta, ta! — volví á exclamar, con una expresión de gozo que debió haberseme pintado en el semblante.

— Pero ¿qué le pasa á V.? — preguntó mi amigo.

— Nada, nada, me río de la ocurrencia pueril de esta gente. Al demonio se le ocurre idea semejante.

— Es un detalle de clasificación, muy propio de la uniformidad militar. Si hay tres mil chatos en medio millón de hombres, más vale que los junten, ya que Dios los cría, que no que alteren la regularidad de las filas. La uniformidad de tipo de los que sirven en la policía, tal vez reconozca por causa la necesidad de que sean de iguales temperamentos, mirada observadora y genio sufridor, ó tal vez se quiere que aparezca al ciudadano como que siempre se halla vigilado por esta gente del orden público.

— ¡Vive Dios! — respondí, — que esas palabras de V. me han quitado de encima una pesadilla.

— ¡Ah! — exclamó Mr. de Clairville, — ya comprendo. El suceso de la otra noche me hace creer que le ha pasado á V. lo que á muchos extranjeros, que los primeros días se creen seguidos y vigilados por los polizontes.

— Pero yo tenía otra razón, que es el secreto que había prometido revelar. Y ya que el desfile va tocando á su término, hágame el obsequio de venirse conmigo, y le contaré mi temerosa historia, convertida en el lance más cómico del mundo.

Mi amigo y yo nos alejamos de la plaza, y tomando la Perspectiva de Newski, le hice entrar en un café restaurant donde, con la grata compañía de un par de botellas



CORREO DE AMOR, cuadro de E. Unger

de Champagne, le desembuché la historia de la remesa de los libros incendiarios, que me había puesto con la barba sobre el hombro, y mis dases y tomases con varios individuos de la policía, á quienes yo juzgaba prevenidos por el comité de la sección tercera de la Chancillería imperial.

— Aun no las tengo todas conmigo, — añadí, — porque esa malhadada caja es motivo legítimo de cierta alarma; pero no es flojo el alivio y desvanecimiento de una alucinación que tenía para mí toda la apariencia de una triste verdad.

— Tranquilícese V. respecto á los libros, — dijo Mr. de Clairville, — y deme V. el talón en el momento que lo reciba. Yo sé cómo arreglar ese asunto en la aduana y pasar, no digo una caja, pero toda la librería del Museo de Londres.

Yo le dí las gracias anticipadamente y me separé de él como otro hombre nuevo. Pasáronse algunos días, y al cabo vino respuesta del apoderado de París á mi alarmante carta sobre re-expedición de la caja, y entre otros párrafos había el siguiente:

«Al salir V. de París, me encargó le remitiese los con-sabidos libros; pero no diciéndome á qué punto, me figuré que sería á su residencia en Londres, tanto más cuanto que no le supongo tan imprudente, que se expusiera á introducir en Rusia libros de esa clase, y mucho más teniendo V. su biblioteca en Inglaterra.»

¡Oh fantasía inquieta, loca y ligera, cuántos castillos formas con el más leve fundamento! Muchos han sido de oro y color de rosa, y mucho tengo que agradecerle en mi vida por los buenos ratos que me has hecho gozar con tus fantasmagorías, tramoyas y embelecios de ventura; pero no te perdono los sustos que me hiciste pasar en mi primer viaje á Rusia.

NICOLÁS DÍAZ DE BENJUEMA.

ORÍGENES de la pintura

El célebre biógrafo italiano Giorgio Vasari, dice que los orígenes de la pintura deben buscarse en la época anterior al diluvio, y como quiera que el consejo de comenzar las cosas por el principio deba ser atendido, procederemos ante todo á investigar los primeros pasos del arte en el período geológico en que el hombre aparece sobre la tierra.

Sesenta años atrás, nos hubiéramos tenido que contentar con las escasas noticias que el Génesis ofrece de los primeros hombres ó con las leyendas más ó menos fabulosas de los escritores griegos y romanos; hoy gracias á los trabajos de la arqueología, combinados con los de la geología y paleontología, podemos aventurarnos á tratar del arte anti diluviano de la época del reno, segunda de las tres en que se divide la Edad de piedra; á la cual no nos atreveremos á fijar fecha toda vez que las autoridades de la ciencia prehistórica, discuten con calor este punto, quitando y poniendo siglos con una facilidad asombrosa.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto hasta ahora parece ser que en esos tiempos del reno tan lejanos es cuando el sentimiento del arte se manifiesta por primera vez en Francia; y citamos á la nación vecina, porque en efecto en su región Suroeste, ó sea en los departamentos del Ariège, Tarn y Garona, Charente, Vienne y Dordogne es donde se han encontrado, casi en su totalidad, los restos que demuestran la idoneidad nativa del hombre para el cultivo de las artes del diseño.

Pero no imaginen nuestros lectores, que las creaciones de los primitivos pobladores de Europa constituían una verdadera obra de arte; no era aún tiempo de ello; el hombre, apenas cubiertas sus carnes con pieles sin curtir, sin más abrigo que el encontrado en las cuevas y teniendo á cada momento que defenderse de los ataques del gigantesco mamhut ó del oso de las cavernas, armado tan sólo con groseras armas de hueso y piedra, no podía atender con tranquilidad al desarrollo del sentimiento que le lleva á realizar una obra plástica ó gráfica.

A pesar de todo, los rudimentos de pintura y escultura encontrados en las cavernas, y que en 1867 figuraron en número de cincuenta y dos en la Galería del Trabajo de la Exposición Universal de París, atestiguan especial disposición artística y espíritu observador. Aunque muy groseros, los dibujos reproducen bastante el natural y por su actitud y detalles se puede reconocer el objeto que se quiso representar; cosa admirable, teniendo en cuenta que el hombre primitivo no disponía de más instrumentos que un punzón de sílice ó cuerno de reno para hacer rústicas entalladuras en trozos de pizarra, hueso ó madera donde previamente había dibujado la figura con ocre rojo ú amarillo; sustancia que es de presumir sirviera también al artista para embadurnarse el cuerpo, como hacen en la actualidad algunas tribus de la Oceanía.

Los ensayos de los precusores de Rafael y Miguel Angel, como les llama M. Fiquier, se reducen en su mayoría á representar los animales que les rodeaban, tales como los mamhuts, renos, caballos, ciervos y bisontes. Los dibujos de reptiles, pájaros y flores son más raros; en cambio los de peces abundan extraordinariamente, sobre todo esculpidos en bastones de mando. Entre estas entalladuras son dignas de llamar la atención, una sobre pizarra y otra sobre hueso, encontradas por los señores Lartet-Christy y Vibraye en las cavernas de la Madelaine

Langerie-Basse; la primera representa un combate entre dos renos y la segunda un mamhut, caracterizado por la pequeñez de los ojos, largas crines, encorvados colmillos y potente trompa, que distinguían al elefante primitivo.

La figura humana, á pesar de la dificultad que ofrece su dibujo, tampoco falta en el arte prehistórico. En las cavernas ya citadas del Perigord se ha descubierto un fragmento de marfil en que aparece groseramente modelado un hombre; un bastón de hueso donde se ve un guerrero con una lanza entre varios animales, y un sílice con unas manos de cuatro dedos. Su descubridor, M. Lartet, hace notar que ciertos pueblos salvajes figuran hoy en día las manos suprimiéndoles el dedo pulgar.

Tales son los restos que nos suministran las investigaciones modernas acerca del origen del arte. ¡Qué inmenso camino tenían aún que recorrer los pueblos del mediodía de Europa para llegar á la Venus de Praxiteles y á las Logias del Vaticano!

Después de la época del reno, los descubrimientos no demuestran que el arte siguiera una marcha progresiva, ya que en el período de la piedra pulida faltan las representaciones iconográficas. Es preciso llegar hasta la edad de los metales para descubrir detalles de ornamentación y algunos mangos de cuchillos de bronce figurando seres humanos, siendo de reparar que estas armas pertenecen ya á los tiempos históricos en que el arte fenicio comienza á influir en las costas del Mediterráneo.

Agotado el tema por lo que á la raza latina se refiere, veamos si los pueblos griegos nos proporcionan mayores datos sobre el origen de la pintura.

Dos caminos se nos ofrecen para ello, el de la tradición y el de la arqueología. La primera, por medio de los escultores greco-romanos, nos refiere como punto de partida una interesante leyenda.

Allá por el siglo x antes de J. C. vivía en Sicione un alfarero llamado Dibutade, con su hija Cora, bella como las heroínas de la Odisea y como ellas amante y apasionada de un apuesto mancebo. Por causas que no refiere la historia, el prometido de Cora hubo de abandonar el país, mas antes quiso despedirse de su amada. Durante la entrevista que debió tener lugar al aire libre y tal vez junto á las tapias del horno del alfarero, la doncella inspirada por el amor, reparó que la silueta del joven reproducía su imagen sobre el muro, y cogiendo un carbón, recorrió con él los contornos, que dieron por resultado una figura humana, dulce recuerdo del dueño de su corazón. Dibutade, llenó de asombro ante el dibujo trazado por su hija y deseando fijarlo de un modo permanente, cogió barro del que usaba para sus vasos y con él modeló un ligero bajo relieve: primera obra del arte helénico, que dicen se conservó en Corinto hasta el saqueo llevado á cabo por el cónsul Mumio.

Después de esta tradición, Pausanias, Luciano y otros escritores nos hablan de pinturas angulosas, dibujadas al trazo, y junto á las cuales era preciso escribir el nombre del personaje que querían representar, pues su rudeza impedía reconocer la intención del autor. En época posterior Plinio menciona los pintores que acertaron á fijar los pliegues de un manto, abrir la boca á las figuras, dibujar los dientes y expresar la alegría y la tristeza por medio de las contracciones del rostro. Mientras el dibujo progresaba de esta suerte, Cleofas de Corinto inventó colorear sus personajes con polvo de ladrillo; poco después Bularco, el lidio, introdujo los tres colores fundamentales, rojo, azul y amarillo; y en el siglo iv antes de J. C. el famoso Polignoto de Thasos aumentó la paleta con el negro y el verde, en tanto que su contemporáneo Apolodoro de Atenas perfeccionaba el claro oscuro y la perspectiva, que Agatarco había iniciado, preparando así el camino á Nicías, Antides y al famoso Apeles.

Todos estos datos serían apreciabilísimos si fuesen exactos, pero la arqueología, implacable con las tradiciones, por más poéticas que sean, ha venido en época muy reciente á destruir esas pretendidas invenciones de los



PALOMAS VARIAS, cuadro de Echlter

griegos, demostrando el origen oriental del arte helénico, hijo de influencias fenicias y lido-frigias, y por consiguiente asirias y egipcias. Ya no es lícito señalar á Cora y Dibutade, ni á Bularco y Polignoto, como los fundadores de la pintura; en vez de ello hay que estudiar la cerámica griega y las placas votivas de tierra cocida y pintada que atesoran los museos de Europa como los primeros ejemplares del arte gráfico griego, cuya antigüedad se hace ascender á 2,000 años antes de J. C.

Limitando nosotros su estudio á la época más primitiva ó sea á la que Max Collignon en su *Arqueología griega*, denomina del estilo antiguo (siglos xx á vii antes de J. C.), encontramos primero los vasos de Santorín que imitan groseramente la forma humana; aparecen después las vasijas fenicias de las Cycladas con pinturas geométricas, de gusto oriental; sigue la cerámica indígena, en que ya se ven dibujadas de un modo infantil, con negro sobre fondo rojizo, zonas de animales de carácter asirio, escenas fúnebres y procesiones de guerreros; viene después la época de transición, en que las pinturas propias del Asia se confunden y compenetran con la mitología helénica, tras de la cual se manifiesta por fin el arte autóctono, libre casi de la tutela oriental, en los vasos corintios, decorados con mil escenas variadas é interesantes, preludio de la cerámica de la buena época, que se extiende desde el siglo vii al iv y es la misma en que Apeles y Zeuxis elevaron el arte pictórico á tan alto grado que pudo rivalizar con las esculturas de Fidias y Praxiteles.

Mas si los griegos no inventaron la pintura y la recibieron del Oriente, ¿qué datos nos suministran la Fenicia, la Asiria y el Egipto? Desgraciadamente muy pocos y de escasa importancia en lo que á nuestro tema se refiere. El arte fenicio y el lido-frigio, á pesar de muchas y pacientes investigaciones, no aparece más que en restos sin ilación cronológica, que no permiten seguir una marcha

histórica. Lo mismo sucede en la Asiria y Caldea, donde inmensos lapsos de tiempo separan los descubrimientos de M. Savzec de los de Botta y Layard. Réstanos sólo el Egipto, padre de la civilización, que por boca de sus sacerdotes se vanagloriaba de haber sido el inventor de las bellas artes 10,000 años antes que los griegos.

Platón, refiriéndose al arte faraónico, nos dice que la escultura y la pintura, ejercitadas en Egipto durante tantos siglos, no habían producido nada mejor al principio que al fin; y en efecto, esta afirmación del filósofo griego queda plenamente probada por el examen de las obras plástico-gráficas del período menfita descubiertas por Mariette Bey. Si alguna diferencia ofrecen con las de épocas posteriores se reduce á demostrar que el arte en las orillas del Nilo comenzó por un período de libre imitación de la naturaleza para luego hacerse simbólico é inmutable bajo el influjo sacerdotal, que le quitó el movimiento, la expresión y la vida que ostentaba en sus comienzos. De éstos sólo se conserva algún resto de pintura en la necrópolis de Menfis y las estatuas de Chefrén, Seps y Nesa, ejecutadas con sorprendente realismo cuatro mil años antes de la era cristiana, durante la época en que los pueblos que hoy nos envanece con el título de civilizados figurábamos en las entalladuras de Bibán el Moluc como unos verdaderos salvajes, adornados con plumas, cubiertos de pieles y extrañamente tatuados.

El carácter inmutable del arte egipcio nos impide, pues, conjeturar el modo cómo haría su aparición la pintura en la patria de Moisés. La oscuridad y la confusión aumentan si acompañando el curso de las emigraciones humanas subimos hasta los Patriarcas de la Biblia, toda vez que nada puede deducirse de los textos sagrados. La Mesopotamia y la Caldea guardan aún, si es que existieron, los restos del arte primitivo, que las leyendas locales atribuyen á un presente del cielo. Fuerza nos será pues detener el curso de nuestras investigaciones y echando una mirada retrospectiva, emitir nuestro juicio sobre el origen del arte y en especial de la pintura.

Por lo que conocemos de la época prehistórica del arte griego y de las civilizaciones orientales,

podemos inferir que la escultura, hermana menor de la arquitectura, debió preceder á la pintura en su desarrollo, porque en efecto es mucho más fácil al que ignora las prácticas del arte modelar una figura rudimentaria de barro, para lo cual basta el simple recuerdo del natural, que dibujar el mismo objeto sobre un plano reduciendo á dos las tres dimensiones de todo cuerpo. No debió, sin embargo, tardar mucho el hombre en pasar del modelado al dibujo y en ir perfeccionando poco á poco sus procedimientos, merced á dos palancas poderosas, el realismo y el idealismo.

El primero le suministró los fundamentos del arte, que en sus comienzos no fué más que una imitación servil de la naturaleza. Los animales, las plantas y luego la figura humana le sirvieron de modelos; llegó un momento en que satisfecho de su obra el artista quiso rendir un tributo á la divinidad, y surgieron las primeras figuras de dioses y genios, á los que un idealismo elemental dotó de extrañas fisonomías y atributos especiales, símbolo de otras ideas superiores. Así á favor de estos dos grandes elementos, el arte, espontáneamente nacido en algunas razas, como la céltica, la heleno-pelásgica, etc., se halló en situación de recibir las enseñanzas que el más civilizado de los pueblos orientales había de esparcir por el mundo conocido, enseñanzas merced á las cuales la Grecia pudo llegar al siglo de Pericles, á la época del Partenón y de la Venus Anadyómena, creando un arte, que á pesar de las modificaciones impuestas á orillas del Tíber, y de los embates del bizantinismo y del estilo ojival, había de renacer al fin de la Edad media para servir de norma en la arquitectura á San Pedro de Roma y á San Lorenzo del Escorial, en la escultura á Juan de Pisa y Miguel Angel y en la pintura al Giotto y Rafael de Urbino.

A. DANVILA JALDERO